

CAPÍTULO VI

“PORQUE ACÁ YA NO HUBO” LOS DERROTEROS DE LA MIGRACIÓN TRASNACIONAL

PORQUE ACÁ YA NO HUBO

Para la economía del Valle del Mezquital, como para la del resto del país, las décadas finales del siglo XX constituyeron un momento de inflexión. Gran parte de las dinámicas que habían definido los repertorios para ganarse la vida de los habitantes del Valle, se vieron bloqueadas por las constantes crisis económicas nacionales y las reformas estructurales de aquellas décadas.

Por una parte, la agricultura comercial —en la que se había especializado la porción irrigada del Valle— comenzó a mostrar su deterioro en la década de los ochenta, de la mano de la crisis del sector agropecuario nacional iniciada en la década anterior. Si bien en el periodo referido la agricultura del Mezquital continuó siendo receptora de jornaleros, tanto de la región como de otros estados, su capacidad para absorber trabajadores fue decreciendo en una tasa cercana al 10% por década.¹ En 1986, por ejemplo, la Comisión para el Programa de Empleo Rural, señaló que de los 190,000 jornaleros que se esperaba ocupar en la agricultura mezquitalense ese año, sólo se crearon 53,000 empleos (Vargas y Gutiérrez, 2001).

Si consideramos sólo el caso de Ixmiquilpan, la porción de la población económicamente activa ocupada en la agricultura pasó de 62.5% en 1970, a 50.6% en 1980 y a un 41.9% en 1990. Este fenómeno puede asociarse a la mecanización de actividades como el corte y empacado de la alfalfa² y al aumento en la porción

¹ Cálculos realizados con datos presentados en Rodarte *et al.* (2011).

² Respecto de la mecanización, Carton (1982: 39) informaba que, para mediados de la década de 1970, la cosecha de la alfalfa se hacía “a mano [pero que] en la mayor parte de los casos aún si se nota[ba] la tendencia a la mecanización de esta labor”. Dicha tendencia puede verse consolidada en décadas posteriores. A comienzos del siglo XXI, Ixmiquilpan contaba con 92.3% de su superficie mecanizada

de tierra destinada a este cultivo,³ en detrimento de otros que precisaban mayor mano de obra. A este respecto, como apuntó Carton (1982), tanto el cultivo del chile como el del frijol, que atraían a amplios contingentes de jornaleros, perdieron importancia en el Valle a finales de 1970. Mientras que el cultivo del chile se desplazó a otras regiones, el cultivo comercial del frijol prácticamente desapareció en la región por la estrepitosa caída de los precios en aquellos años.

El deterioro en la generación de empleo en la zona irrigada del Valle del Mezquital en la década de los noventa se relaciona también con el decrecimiento en la producción de hortalizas. En décadas precedentes, la pesca de hortalizas como jitomate, chile o ejote, atraía a jornaleros en amplias proporciones (cf. Paré, 1977). Parte importante de la dinámica económica regional se vinculaba a la producción y venta de estos cultivos. No obstante, desde comienzo de los noventa dos fenómenos impactaron negativamente en el sector hortícola del Valle. El primero de ellos, de carácter estructural, se relacionó con la reestructuración nacional de la industria de exportación de frutas y hortalizas. Aunque la producción del Mezquital se orientaba al mercado interno, puede considerarse este factor como incidente ya que, desde entonces, la participación de los estados del centro de la República en la producción frutícola y hortícola se redujo, en beneficio de las entidades del norte del país (cf. Arias, 2009). El segundo fenómeno, de carácter local, devino de la veda a la producción de hortalizas en el Valle del Mezquital, por el brote de cólera que afectó al país en 1991. Al ser las tierras de la región irrigadas con aguas negras mínimamente tratadas, se vinculó la aparición de la enfermedad infecto-contagiosa con la producción hortícola mezquitalense que abastecía principalmente el mercado de la zona metropolitana del Estado de México y la Ciudad de México.

La economía de la zona árida del Valle del Mezquital, por su parte, se vio afectada por la disminución en la demanda y el deterioro en los precios de la producción local, así como por el impacto que tuvo —particularmente en el ámbito del empleo— la crisis agrícola de la zona irrigada. Respecto de los productos de la zona árida, debe considerarse en primer término la producción de fibras naturales. Éstas comenzaron

(cf. Contreras, 2014). En comunidades con acceso al regadío y alto porcentaje de la superficie dedicada al cultivo de alfalfa, es recurrente encontrar a propietarios que cuentan con tractores, ensiladoras y empacadoras mecánicas de forraje.

³ En el Valle del Mezquital, entre 1950 y 1990, el aumento de la superficie cultivada con alfalfa fue de 1131% (Romero, 2002). La tendencia al crecimiento en la superficie de alfalfa, continuó en décadas ulteriores. Para el caso de Ixmiquilpan, entre 1997 y 2004, mientras que la superficie de alfalfa creció en 2261 ha, la de maíz decreció en 1779 ha (Contreras, 2014).

a ser reemplazadas abruptamente por fibras sintéticas, deteriorando los precios,⁴ que ya estaban disminuidos por el acaparamiento privado y la intermediación de instancias oficiales.⁵ En segundo término, debe considerarse la progresiva pérdida de valor comercial del pulque, que a nivel nacional se había experimentado desde 1945 (cf. Ramírez Rancaño, 2012) y que en el Mezquital comenzó a visualizarse en las décadas finales del siglo XX, por el aumento en el consumo local de refresco y cerveza.

Todos estos cambios económicos regionales deben considerarse en las reconfiguraciones que a nivel de la economía de El Boxo y de las trayectorias laborales de sus habitantes, se comenzaron a manifestar desde las décadas finales del siglo XX. El deterioro de la agricultura regional y de labores de transformación primaria de recursos naturales afectó indirectamente la economía de la comunidad, particularmente en la demanda del carbón. Como señalé en el capítulo III, la actividad de los carboneros de El Boxo se vinculaba a las fraguas de Santuario Mapethé, las que por su parte se orientaban principalmente a la producción de herramientas, herrerías y otros insumos para la producción agrícola. El descenso en la actividad agrícola de la zona árida e irrigada impactó en la demanda de este tipo de mercancías. Las fraguas comenzaron progresivamente a cerrar. A finales de la década del setenta

⁴ Respecto de las principales regiones productoras de fibras naturales, entre las que se contaba al Valle del Mezquital, Toledo señaló: “La producción industrial de fibra de ixtle, de lechuguilla y palma samandoca fue de 13627 toneladas y en 1985 la producción de ambos fue de 6171 toneladas, menos de la mitad de la producción de 15 años antes. El volumen mayor de materia prima se destina a la fabricación de sacos agrícolas, los cuales en la pasada y presente década han sido substituidos por empaques fabricados con productos sintéticos” (Toledo, 1989: 77; citado en Robles 1992).

⁵ Respecto de la lechuguilla, el Patrimonio Indígena del Valle del Mezquital (PIVM), había agenciado acciones en torno a la tecnificación, el acopio y comercialización. En los años 70, la organización indigenista entregó máquinas para el tallado de la lechuguilla y la extracción de fibra de la misma. Este programa si bien ayudó a reducir los tiempos en la producción, tuvo perjudiciales efectos en torno a los costos asociados al combustible de la maquinaria, la concentración de la misma y la pérdida de subproductos en el proceso; lo que en su conjunto hizo que el precio de retorno se deteriorara. En términos del acopio de la lechuguilla, la actuación del PIVM fue controvertida. Esta institución se transformó en la principal intermediaria entre las comunidades y la Subsecretaría Forestal, estableciendo precios de pago por la fibra de la lechuguilla muy por debajo del precio de garantía. Por ello, a finales de los 70 comenzaron a formarse organizaciones que buscaban eludir la labor intermediaria tanto del PIVM, como de los acaparadores privados. La primera organización con este objetivo fue la Unión de Productores de Fibras del Valle del Mezquital, creada en 1978, que tuvo ulterior correlato en organizaciones como la Unión de Productores de Ixtle, fundada en 1980. Proceso similar de organización contra los acaparadores y la intermediación de las instancias oficialistas se dio, en este periodo, entre los productores de maguay (Vargas, 2001).

existían, según informó Godínez (1982: 66), 35 fraguas o talleres de herrería. A comienzos del siglo XXI, según recordaron mis colaboradores, las fraguas de Santuario no eran más de 4.

Otro elemento en el deterioro de las condiciones económicas de la comunidad se vinculó con el descenso en la producción textil de Santuario Mapethé. Como anteriormente mostré, los “cobijeros” de dicho pueblo demandaban lana a ovejeros de comunidades cercanas como El Boxo. Además de lo anterior, en la década de los setenta, se instaló en Santuario un taller perteneciente a una cooperativa de productores textiles, para la realización de tapetes persas en telares tipo iraní, los que eran vendidos a empresas y distribuidoras nacionales. Esta cooperativa, hacia finales de esa década y durante la siguiente, fue un polo atrayente de mano de obra masculina y femenina, tanto de Santuario como de comunidades circunvecinas. Acá se emplearon eventual y permanentemente algunos trabajadores, hombres y mujeres, de El Boxo. Empero, la cooperativa de tapetes quebró y cerró hacia mediados de la década de los noventa, luego de la crisis de 1994. Por su parte, los cobijeros comenzaron progresivamente a desaparecer. La llegada de textiles importados, traídos como “fayuca” a la plaza de Ixmiquilpan, a precios muy por debajo de los costes de producción del telar, impactó en el deterioro de la fabricación artesanal de piezas de lana. Hasta antes de 1994, existían en Santuario Mapethé más de veinte talleres familiares de textil; los que, hacia finales de esa década y comienzos del siglo XXI, no superaban los cinco.⁶

Por su parte, los cambios en la política agraria que comienza a adoptar el Estado mexicano en las décadas finales del siglo XX, pueden ser sólo tangencialmente

⁶ La progresiva desaparición de talleres textiles en Santuario era patente ya desde la década de 1970. Godínez (1982) apuntó que hacia la década de 1960 los talleres textiles de Santuario mostraban un dinamismo que en años posteriores se fue perdiendo. En una nota periodística (*La Jornada*, 2008/08/25), Roberto Morgado Escamilla, anciano cobijero de Santuario, vinculaba el deterioro de su actividad al Tratado de Libre Comercio y a la entrada de mercancía extranjera (fayuca) al mercado regional. En 2015, en visita de campo, pude localizar sólo dos talleres textiles, ambos prácticamente abandonados y ocupados sólo para la realización de trabajo bajo pedido. Aunque el descenso en la producción y venta de cobijas artesanales se vincule a los altos costos de éstas y a la cruenta competencia con productos importados, en relación con otro tipo de piezas de producción local como jorongos, sarapes, morrales, etc.; el descenso debe vincularse también a la transformación en las formas de vestir de los habitantes de la región. Dicha transformación debe entenderse como progresiva, por lo menos desde la segunda mitad del siglo pasado. Medina y Quezada (1975: 87) en relación con el consumo regional de la textilería de lana local del Valle, entre ella la producida en Santuario Mapethé, apuntaban que de las prendas tradicionales las únicas que, al momento de su etnografía, “se conservan son el quexquemítl, alguno que otro ceñidor y los jorongos que muy ocasionalmente mandan a hacer los ancianos”.

considerados como disruptivos de la economía de El Boxo, toda vez que, como mostré en capítulos anteriores, la producción campesina de la comunidad, tanto la de régimen de pequeña propiedad privada, como la de propiedad social, se orientó siempre al autoconsumo. En este ámbito, un aspecto más incidente a nivel de la ocupación fue la clausura de programas de empleabilidad ligados a Coplamar.⁷

En el ejido de Santuario Mapethé se creó a finales de la década de los setenta una cooperativa, bajo administración ejidal, para plegarse a los programas sectoriales de empleo de Coplamar. Se contrató permanentemente a ejidatarios, familiares y otros vecinos, para la reforestación de la propiedad ejidal y del casco del exRancho de San Juan.⁸ El programa de reforestación comenzó a operar en 1981 y en éste se empleó permanentemente a cerca de cincuenta personas de todas las comunidades que integran el ejido. Sin embargo, con los cambios en la política pública, y más ampliamente en el modelo de desarrollo nacional, operados con posterioridad a la presidencia de López Portillo, el financiamiento al programa de empleabilidad desapareció y con éste la cooperativa ejidal de reforestación.

Un apartado debe dedicarse a la clausura del Patrimonio Indígena del Valle del Mezquital en 1990, durante el gobierno de Carlos Salinas de Gortari. Desde los años cincuenta esta institución fungió como el principal órgano encargado del desarrollo del Mezquital captando recursos federales extraordinarios, focalizados en la región y su población indígena.⁹ Por su intermediación pasaban la mayor parte de las políticas en el ámbito de la educación, la infraestructura y hasta parte del

⁷ Coordinación General del Plan Nacional de Zonas Deprimidas y Grupos Marginados, creado en 1977 bajo la presidencia de López Portillo. Uno de los objetivos emergentes de Coplamar era la de promover el establecimiento de fuentes de trabajo diversificadas en zonas marginadas, a través de la canalización de recursos públicos y privados. Dentro de los planes sectoriales vinculados a dicho objetivo se encontraban el programa de solidaridad social para la cooperación comunitaria, el de capacitación y empleo cooperativo y el Pacto intersectorial de apoyo a la economía campesina. En conjunto, estos programas captaron, en el presupuesto ejercido en 1981, el 23.7% del presupuesto de Coplamar. Es relevante apuntar que el Valle del Mezquital tuvo una participación importante en los programas de Coplamar, ya que el Patrimonio Indígena del Valle del Mezquital, fue una de las dependencias integrantes del plan. Del presupuesto otorgado a Coplamar, en el año antes señalado, el PIVM captó para su funcionamiento el 1.6%, entre los más altos otorgados a las instancias integrantes del Plan (cifras presentadas en Barajas, 2002).

⁸ Ligado a este programa de reforestación, particularmente en el casco del exRancho de San Juan, se plantaron los árboles de manzana de la barranca (capítulo II).

⁹ El PIVM, desde su creación, contó con amplio presupuesto gracias a un fideicomiso en el Banco de México. Éste fue el instrumento a través del cual el Gobierno Federal realizaba la transferencia de recursos a la región, que se ejecutaban con relativa autonomía.

reparto agrario y la gestión del riego. Por los recursos que ejecutaba y por su rol como representante directo del Estado mexicano ante los indígenas de la región, este organismo y sus programas eran empleadores de un número significativo de habitantes mezquitales. El PIVM coordinaba espacios de producción, abasto y venta, gestionaba recursos para la apertura de caminos y la construcción de obras, ejecutaba programas de empleabilidad (como el señalado de Coplamar) y organizaba y financiaba cooperativas de producción agrícola, ganadera y de artesanías en la región. Aunque hacia finales de la década de los ochenta el presupuesto del PIVM estaba muy reducido y la concentración de estos recursos se había dispersado por la ampliación de su zona de influencia (desde 1982 el PIVM pasa a ser Patrimonio Indígena del Valle del Mezquital y la Huasteca Hidalguense), su clausura generó una merma en las dinámicas económicas y políticas locales.

A nivel económico y político, el cierre del PIVM es significativo para presentar el contexto de la vuelta de siglo en la región, el progresivo abandono del Estado, su reconversión neoliberal y, con ello, el cambio de foco en las políticas públicas y de desarrollo. La clausura del PIVM se integró al Plan Nacional de Desarrollo 1989-1994, que con el argumento de la “descentralización y desconcentración” promovió el desmantelamiento de las estructuras federales en zonas rurales e indígenas como el Mezquital. Desde entonces, los campesinos e indígenas del país pasaron, de ser sujetos de política pública orientadas en aspectos productivos y de desarrollo, a ser sujetos de política pública *contra* la pobreza.

Empero, el factor más incidente en la reconfiguración de los repertorios para ganarse la vida de los habitantes de El Boxo, no se localiza en el Valle del Mezquital, sino que se sitúa en la Ciudad de México y en la zona metropolitana del Estado de México. Como presenté en el capítulo anterior, desde mediados de siglo XX, la capital del país se transformó en el principal receptor de mano de obra de El Boxo. Las trayectorias laborales de los trabajadores de la comunidad estuvieron, a partir de entonces, marcadas por la migración estacional a la capital.

A comienzos de la década de 1980 la capacidad en la generación de empleos de la economía mexicana sufrió un fuerte deterioro, agudizado en décadas posteriores. A nivel de la economía nacional, la capital mexicana pasó de ser el polo principal en la generación de empleo, a tener un rendimiento similar al del resto del país (cf. Salazar y Sobrino, 2010). En particular, el sector de la construcción, que fue al que se habían integrado en décadas precedentes la mayor parte de los trabajadores migrantes de El Boxo, experimentó las fluctuaciones más considerables. Si se observan etapas recesivas y expansivas de la economía mexicana en las décadas finales del siglo pasado, debe considerarse que la construcción...

figuró entre los rubros con mejor desempeño en algunas etapas expansionistas, pero también fue el más afectado en las tres etapas recesivas [1981-86/1994-95/2000-01]. Esto significa que las caídas absolutas de este gran rubro en años de crisis fueron de mucha mayor cuantía con respecto a los montos recuperativos en periodos de prosperidad. (Sobrino, 2010: 134)

Sin duda, el momento de mayor agravamiento de la situación económica en general y del empleo en particular, fue el de la crisis de 1994-95. Esta crisis, aunque iniciada en el sector financiero, tuvo colosales repercusiones en la economía real. A nivel estructural, los impactos más notables fueron el descenso en el PIB (del 10% en 1995), la devaluación del peso, la ampliación de la deuda pública, la inflación y el aumento del IVA y de los precios, así como en tarifas de combustibles y energéticos. En términos específicos, para el mundo del trabajo y las condiciones de vida de los trabajadores, la crisis se expresó en la caída del empleo y las remuneraciones medias, así como en el empobrecimiento. Entre 1994 y 1995, el desempleo abierto aumentó 70%, las remuneraciones en términos reales cayeron 19.2% y la pobreza, en particular la pobreza extrema, tuvo inusitados aumentos; pasando en zonas urbanas de 7.2% a 20.1% y de 30 a 43.3% en el medio rural (Ávila, 2006: 187-207).

En particular, la industria de la construcción se desplomó en un 22% durante la crisis, experimentando su mayor caída, de 25.6%, en el tercer trimestre de 1995. Los trabajadores eventuales del sector de la construcción, entre los que se puede contar a los de El Boxo, fueron los que sintieron con mayor intensidad la pérdida de empleos, con caídas en las tasas de ocupación de 24.4 y 26.4%, en 1994 y 1995 respectivamente. Evidentemente, la mayor intensidad de este descenso se experimentó en las grandes ciudades. Los mayores centros urbanos del país, la Ciudad de México entre ellos, fueron los que más resintieron el desempleo y, como antes se señaló, el empobrecimiento. Durante 1995 dos de cada tres desempleados vivían en las grandes ciudades, proporción similar a los trabajadores que se encontraban en la economía informal (cf. *ibidem*).

Con este panorama en mente, se comprende que los repertorios para ganarse la vida de los habitantes de El Boxo se hayan visto bloqueados en las décadas finales del siglo XX. El deterioro en las condiciones laborales en la región y en la Ciudad de México obligó a los trabajadores de la comunidad a reinventar el andar trabajando que durante casi medio siglo constituyó sus medios de vida. En este contexto, los trabajadores de la comunidad se plegaron al proyecto migratorio internacional hacia Estados Unidos que, algunos años antes, habían comenzado a desplegar habitantes de otras comunidades del Valle del Mezquital. A partir

de entonces, como me señaló don Doroteo, “nos tuvimos que empezar a ir, de a poquito primero y después muchos, como una apuración por poder irse al otro lado, porque ni [la Ciudad de] México, ni cerca tenía trabajo. Pos tonces todos nos íbamos porque acá ya no hubo”.

Desde finales del siglo XX, en paralelo a que la migración estacional de mezquitalenses a la Ciudad de México disminuía, o de plano desaparecía, la migración internacional se masificaba (cf. Mendoza, 2001). El Valle del Mezquital se transformaba desde entonces en el principal polo hidalguense expulsor de trabajadores hacia Estados Unidos, al tiempo que se integraba a las nuevas zonas de expulsión migratoria del centro de México.¹⁰ Las altas tasas de migración de municipios del Valle, instalaron al estado de Hidalgo, en la medición censal de 2000, entre los diez estados con la más alta intensidad migratoria (Serrano, 2006) y como el segundo con la más alta tasa de crecimiento migratorio en el periodo de la medición (Schmidt y Crummett, 2007).

Desde Hidalgo salieron, entre 1987 y 1992, 26,684 migrantes internacionales. Mientras que en el quinquenio 1992-1997 lo hicieron prácticamente el doble, 53,401 migrantes. Finalmente, en el quinquenio 1995-2000 se registró la salida de 62,160 migrantes internacionales.¹¹ Del total de migrantes internacionales hidalguenses registrados por el censo de 2000, cerca de la mitad (48.6%) pertenecían a municipios ubicados en el Valle del Mezquital. Zimapán, Ixmiquilpan y Tasquillo destacaban como municipios de muy alta intensidad migratoria. En ellos, los hogares con migrantes trasnacionales se ubicaban entre 35 y 51%. Al mismo tiempo, entre los municipios con alta intensidad migratoria dominaban los mezquitalenses como: Cardonal, Santiago de Anaya, Tecozautla, Alfajayucan, Chilcuautla y El Arenal.

¹⁰ Aunque como han reportado diversas investigaciones, en algunas comunidades del Mezquital existió migración hacia los Estados Unidos desde la década del treinta del siglo XX (Benítez, 1972; Álvarez, 1995; Mendoza, 1999; Rivera y Quezada, 2011; Ramsay, 2012), ni el Valle ni el estado de Hidalgo constituyeron espacios de migración internacional histórica. El fenómeno migratorio internacional comienza a manifestarse en la década de los ochenta, para hacerse masivo a partir de la crisis de 1994. Según Santibáñez “casi el 90% de los migrantes internacionales de Hidalgo se desplazaron a Estados Unidos después de 1994, cifra que para el resto del país es diez puntos porcentuales menos” (2002: 7, citado en Pizarro, 2010: 74).

¹¹ Cifras presentadas por la Dra. María Félix Quezada Ramírez, en la mesa redonda “Valle del Mezquital cambios y permanencias” (IIA, UNAM, 22 de noviembre 2018).

ERA PURO JOVEN LOS QUE ANDABA ALLÁ

Andaba yo en una chamba por Pachuca, en una obra, así de un par de semanas. Nos pagaban poco pero ni modo, era lo que había. Ya hacía algunos años había dejado de ir a México. Allá ya estaba más cabrón tener chamba.

Entonces llegó a mi casa un señor del [pueblo de] Defay [Ixmiquilpan], que según que era coyote y según que era mi tío. Me dice:

—¿Qué? ¿No te quieres aventar pal otro lado [Estados Unidos]? Yo te puedo cruzar y allá te tengo tu trabajo.

Pos sí, le dije. No más que, ¿con qué?

Ni sabía yo como era el asunto. Lo que sabía es que cobraban bien caro por cruzar las gentes pal otro lado. Ahí me explicó el señor y, no pos, me dice: —Va a ver una salida, hay un chingo de trabajo allá. Si quieres anotarte yo te puedo echar la mano.

Le digo:

Na más que ahora no tengo dinero.

Ahí me contesta:

—No hay cuidado. Tú junta lo que tengas y después allá terminas de pagarme. ¿A poco no somos familia?

En ese tiempo cobraban un chingo de lana por cruzarte. Yo vendí un rifle que tenía de esos de 16 y me pagaron 50 pesos o algo así. Con eso y otros pesos que tenía me alcanzó para irme, pa' llegar hasta el norte, a la frontera pues. De ahí se supone que el otro señor me iba a cruzar. Pos así nos fuimos, como le llaman, de mojados. Era el único de aquí del pueblo. En ese tiempo todavía no empezaba migrar la gente. Yo con otros señores fuimos los primeros, pero cada quien por su lado. Yo con este señor de Defay que le digo.

Esa primera vez que me fui era por el 1985, después del temblor grande de México. De'sa vez duré na'más 7 meses. Porque donde llegamos nos querían transar. Primero el señor este que le digo que según era mi tío. Ahí él quería que fuéramos 50/50, a medias, como quien dice. O sea que de cada día que trabajábamos le diera yo la mitad del sueldo: cinco dólares pa' él cinco pa' nosotros y en ese tiempo el dólar valía como dos pesos mexicanos. No pos así no se podía. Yo le dije:

—Mira, el trato es por lo que me cruzaste. Yo tengo claro lo que te tengo que pagar pero lo que me dices es abuso.

Ahí había llegado en Texas, Menard Texas, en unos ranchos. Estaba bonito. Nos pasaban una casita y nos daban la comida. Pos estábamos bien. No era mucho lo que pagaban, por eso que daban la casa y la comida. A nosotros nos ofrecieron de 10 dólares el día, era por día. En las compañías no era así. En las compañías te pagaban por hora, eso sí que no te daban la comida ni la casa.

El rancho era de casi puro ganado. De vacas. Ahí trabajábamos de cuidar las vacas, darles comida, limpiar y todo el trabajo de las vacas. También tenía nueces, ahí tra-

bajábamos en la pisca de las nueces y en el mantenimiento. Allá aprendí a agarrar la motosierra. Nunca había conocido esa máquina acá. Entonces me gustó. Allá yo pensaba que con la motosierra iba a sacar un chingo de carbón, entonces me soñaba acá en el pueblo haciendo carbón pero ahora con motosierra. No así de tumbar todo el bosque, ¿verdad? Pero así de imaginarse, estar acá, lo más rápido que iba ser tener su madera y hacer horno, pos no, claro que iba ser más rápido, más aliviado, con la motosierra, ¡imagínese!

Pero de'sa vez que me fui, la primera vez, na' más duré siete meses. Ya ve que le dije que nos querían transar. Porque en siete meses no conocí dólar. Ahí en el rancho no nos pagaron en esos siete meses. Después llegó la migra. Entonces nos agarraron a todos y ya pos, ¡de vuelta! Cuando nos agarró la migra, los del rancho nos pasaron algo de dinero, pero casi nada. No más como de dos meses de trabajo.

Cuando llegué aquí, la comunidad, pedí dinero prestado y junté otro poco y me volví a cruzar. Ahí fui en el racho de Menard, a reclamar el dinero. Con otros compañeros que conocí nos juntamos para ir a reclamar. Ahí tuvimos que buscar uno chilango o de eso que le llaman los chicanos, que le sabía al inglés. Ésos nos ayudaron y nos pagaron.

De ahí que nos pagaron y nos fuimos a San Angelo, Texas. Ahí también era rancho, pero nos pagaban 400 al mes. Ahí estábamos bien. Ahí dinero que teníamos ahorrábamos y mandábamos otro poco.

Yo era soltero en ese tiempo. Mi tirada era pos comprarme un carro. Un día un compañero de Zimapán que andaba allá también, me dice:

—¿Y tú qué piensas de tu dinero que estás ganando? ¿Qué piensas hacer?

—No pos, mi tirada es que quiero comprar un carro, le digo. Tons me dice:

—¿Tienes tu casa?

—Pos no, le digo.

—¿Está cerca la carretera de donde vives?

—Pos que tampoco.

Mira, me dice.

—Te voy a decir ni más ni menos. Mejor preocúpate de comprar tu terreno y construir tu casita, ¿tú eres casado?

—Pos no. Le digo.

—Entonces búscate tu viejita y construye tu casa, cerca de la carretera. El carro no te va durar para siempre ni el dinero que lleves de acá. Tienes que pensar que acá no es tu tierra y hay que volver con algo, si no a qué te vienes a puro matar al gabacho.

Era de Zimapán el señor que me dio ese consejo. Yo me dije. Pos es cierto. De ahí comencé a juntar para venirme y comprarme el terreno aquí donde está su casa y comencé a construirme mi casita. Ne'se tiempo casi no tenía casa aquí en esta parte. Todavía era pura casa del cerro donde tenían sus milpas las gente. Había acabado de llegar la luz y de los primeros que comenzamos a construir acá abajo fuimos nosotros y otro vecino.

Era puro magueyal y escoba, todo aquí esta parte. Después me casé, verdad, y así fui siguiendo el consejo del señor ése.

Después me fui de nuevo. Por el 1999. Ahí ya no fue a Texas, ahora fue a Sur Carolina. Allá ya era diferente. Eran varios los que ya se habían ido allá. Ahora allá había casi todo de aquí de la comunidad y de hidalguense. Ni le hablábamos español ahora allá. Era puro paisano, entonces era puro hñähñu, otomí pues, que hablábamos. Ahí donde yo me fui, trabajaba ahora en una compañía de metales para hacer estructura. No pos, ahora era bien diferente. Te pagaban por hora y sí eran cumplidores. También como era puro paisano, nos apoyábamos bastante. Yo estuve en otra ciudad, ahorita ya no me acuerdo el nombre, pero ahí mismo del condado [de Greenville],¹² donde estaban los de aquí que trabajaban en la compañía Coronado, que le decían.

Ya era también diferente porque yo y otros señores aquí del pueblo éramos de los más grandes. ¡No manche! ¡Ahora sí que era puro joven los que andaba allá! Así de 17 o 20 años, los de aquí de la comunidad. Nosotros, los que le digo que fuimos de los primeros que cruzamos ya casi estábamos de 40 años y hasta más. “Tonces ya no se podía así como antes estar yendo y viniendo. Porque ya no estábamos tan joven para cruzar, sobre todo, que es lo más pesado.

De’sa vez anduve ocho meses por allá. Ya después yo quise ir regresándome acá. Me había tocado de tesorero del Comité de Padres de Familia, de la escuela. Ahí tenía que hacer el cierre de caja. También un día que hablo con la señora me dice:

—Pos ya vente. Va tocar el clausura y tienes que entregar el dinero de la escuela.

También me dice:

—Ya tienes que venirte para cobrar el Procampo.¹³ No es mucho dinero, ¿verdad?, pero ya ves que luego si no estás y se vence, lo pueden quitar ese dinero.

Ahí ya me vine. Por lo de la escuela y por lo del Procampo que cobro de media hectárea de propiedad y media del ejido. Ya después no me volví a cruzar. Ya hubo más trabajitos aquí. Tomé varia obra de construir casas. Varias de aquí de la comunidad

¹² Los migrantes de El Boxo establecieron como lugar de destino principal en Estados Unidos la ciudad de Simpsonville, condado de Greenville, Carolina del Sur.

¹³ El Programa de Apoyos Directos al Campo (Procampo) surgió a finales de 1993 como forma compensatoria ante la apertura comercial derivada del Tratado de Libre Comercio de América del Norte. Es una política de transferencia de recursos a productores agrícolas mexicanos que, entre sus objetivos, busca complementar el ingreso económico de los productores, ya sean de autoconsumo o de abastecimiento, mediante el otorgamiento de apoyos monetarios por superficie inscrita al programa. En comunidades mezquitalenses como El Boxo, la incidencia de Procampo es bajísima. Por la extendida presencia del minifundismo en la región, los apoyos por productor son ínfimos y para la mayor parte de los inscritos, no superan los montos denominados redondeos, destinados a aquellos productores con menos de una hectárea de cultivo (ver antecedentes en Contreras, 2014: 185).

y allá Santuario y Cardonal hice yo. Algunas así que agarré obra mía, de estar a cargo pues, y otras como albañil.

Este relato pertenece a don Arón. Él fue uno de los tres primeros migrantes internacionales, todos hombres, de la comunidad que cruzaron la frontera norte de México a finales de la década de los ochenta del siglo pasado. En la experiencia de don Arón pueden reconocerse las características del patrón migratorio que siguieron los habitantes de El Boxo y, de manera más general, el perfil que adquirió la migración internacional mezquitalse e hidalguese en ese periodo.

En primer término, don Arón, como mostré en el capítulo anterior, pertenece a la generación que —siguiendo a otros mayores— en los años setenta del siglo XX, estableció la Ciudad de México como un destino principal de la migración estacional, vinculándose al trabajo de la construcción. Precisamente fueron los trabajadores de su generación quienes experimentaron el bloqueo a la dinámica de migración estacional a la capital, por las sucesivas crisis de las dos últimas décadas del siglo pasado. Don Arón era, en los años ochenta, un campesino, carbonero, recolector y albañil que, pese a la multifacética y permanente reconversión de su fuerza laboral, antes de sus treinta años veía bloqueados sus horizontes laborales. En las condiciones en las que se encontraba don Arón, “una chamba... de un par de semanas” donde le “pagaban poco”, y frente a las no mejores condiciones de la Ciudad de México, la invitación de un familiar, que “según era coyote”, para cruzar “de mojado”, se tornó en una atractiva alternativa.

En el relato de don Arón encontramos cinco de las características del patrón y el perfil migratorio internacional de los habitantes de El Boxo y del Valle del Mezquitil, durante una etapa inicial que va desde la década final del siglo XX hasta los primeros años del siglo XXI. La primera, la de una migración indocumentada. La segunda, la de vincular la salida con el bloqueo de los repertorios económicos ya consolidados para ganarse la vida. Ello es lo que hace la salida de trabajadores desde México un escape de la crisis, aun cuando el vínculo crisis económica y migración, sea —por las consideraciones referidas en el primer apartado de este capítulo— más claramente apreciable a partir de 1994. La migración mezquitalse y, en términos más generales, la de Hidalgo, desde entonces fue una migración esencialmente económica ligada al déficit laboral y a los nulos horizontes de empleabilidad para parte importante de la población económicamente activa.

Pese a que, estadísticamente, no son las personas de los hogares más pobres las que migran ni los municipios con mayores niveles de marginación los que muestran

mayor intensidad migratoria,¹⁴ lo que diversas investigaciones han documentado, para el estado de Hidalgo y para el Valle del Mezquital, es la importancia que en la decisión de migrar tienen la pobreza y la falta de horizontes laborales (Serrano, 2006; Pizarro, 2010; Franco, 2012). La encuesta realizada por el Programa Bienvenido Hidalguense, en 2001, reveló que en la mayoría de los casos los entrevistados arguyen la necesidad económica como el principal motivo de su salida del país, al tiempo que manifiestan que de existir oportunidades laborales en su localidad no optarían por migrar.

La tercera característica del patrón migratorio corresponde a la condición de hombre, joven y soltero de don Arón.¹⁵ La primera vez que don Arón migró tenía 25 años. La consideración del género y del ciclo vital para entender el fenómeno migratorio en la comunidad de El Boxo es fundamental, por lo menos por dos aspectos. El primero de ellos es la organización temporal que adquiere la migración, reservada desde entonces para un momento particular del ciclo vital de las personas. En El Boxo, como documentó Rivera (2000), en el momento en que la migración internacional se masificó, la prisa por alcanzar la edad para migrar alteró el orden de prioridades entre los habitantes de la comunidad. El proyecto migratorio comenzó a desplazar el proyecto educativo, al que se había otorgado preponderancia desde la instalación de la escuela en la comunidad en la década del sesenta. La salida migratoria se fue haciendo cada vez más temprana y, con ello, la mayoría de las veces, se truncaba la formación secundaria. De alguna manera, la migración capturó la imagen de futuro de niños y adolescentes que concebían su futuro posible y deseable, integrándose a los contingentes migratorios.

La migración internacional pasó, metafórica y materialmente, a ser un rito de pasaje entre la infancia y la adultez, porque como me dijo un joven retornado,

¹⁴ Según datos de 2000 de “los 20 municipios con muy alto y alto grado de intensidad migratoria a los Estados Unidos, el 60 por ciento de ellos, presentan a su vez, muy alto y alto grado de marginación, esto significa que los municipios hidalguenses de alta migración también tienen niveles altos de marginación [...] Asimismo, en los municipios de Hidalgo de bajo y muy bajo grado de intensidad migratoria, el 51 por ciento tienen alto y muy alto grado de marginación. Este resultado permite sostener que en los municipios de Hidalgo de más alta marginación, la migración a los Estados Unidos es de poca relevancia” (Serrano, 2006: 55).

¹⁵ Rivera (2000) documentó que los tres primeros migrantes de El Boxo a Estados Unidos eran hombres jóvenes y solteros. A nivel estatal, la medición censal de 2000 registró que los migrantes internacionales de Hidalgo eran mayoritariamente hombres (82.4%) y que más del 60% de ellos, se encontraban en el rango de edad de 15 a 29 años y, entre éstos, el grupo de edad entre 15 y 19 años era el sector mayoritario (INEGI, 2000).

“allá, cuando te vas así chamaco de 15 o 17 años como me fui yo, aprendes a hacerse hombre; a tener tu dinero, a ganártelo. También aprendes a gastar el dinero y por eso si no te pones abusado, si no eres maduro, se te va todo”. En este último ámbito, cobra relevancia la referencia al consejo que un compañero de labores de Zimapán le dio a don Arón en Estados Unidos. La organización del tiempo de la migración, refiere, en este aspecto, a la vinculación del proyecto migratorio con un proyecto personal. Ello posibilita la configuración de una aspiración que, como la construcción de una casa o la compra de una motosierra, va materializando la idea del retorno. En este punto, como desarrollaré más adelante, el proyecto migratorio como dispensador de esperanzas y articulador del presente de migración y el futuro en la comunidad adquiere centralidad.

El segundo término por el cual es relevante considerar el ciclo vital y el género en la migración de habitantes de El Boxo, se vincula con los impactos comunitarios del fenómeno migratorio al momento de su masificación. Como en otros espacios de México rural, la intensificación en la salida migratoria de los hombres jóvenes, derivó en un progresivo envejecimiento y feminización del campo, tanto en términos de la producción campesina, como en el de las labores colectivas y la vida comunitaria. Este punto ha sido trabajado por Rivera (2000; 2006) quien señaló que, frente a la ausencia de hombres, en la comunidad de El Boxo las mujeres ampliaron sus labores tradicionales aumentando su carga de trabajo. Por ejemplo, en el ámbito del trabajo de la milpa, según la autora, las mujeres tradicionalmente tenían un rol auxiliar particularmente vinculado a los momentos del ciclo agrícola de mayor carga de trabajo: barbecho, siembra, escarda y cosecha. Con la migración de los hombres, en la etapa acá referida, las mujeres debieron hacerse cargo de todo el ciclo. Otro espacio puntualizado por Rivera se refiere a la feminización de las tareas comunitarias. Otrora las faenas en la comunidad eran responsabilidad del ciudadano, del hombre mayor de edad. Con la ausencia de éstos, las mujeres: esposas, hermanas o madres de ciudadanos, debieron hacerse cargo de los constantes llamados a faenas comunitarias.

La cuarta característica del patrón migratorio que emerge del relato de don Arón, es la de la importancia que adquirieron los lazos familiares entre miembros de El Boxo y de comunidades mezquitales con experiencia migratoria internacional, en la eclosión del fenómeno migratorio y su masificación. Rivera (2000: 76-77) apuntó que en la comunidad, el parentesco constituyó el canal para la migración. Considerando la idea de Massey (*et al.*, 1991), la autora apunta a que la migración constituye un proceso en cadena que desde una primera incursión se transforma en una red de asistencia que fortalece la vitalidad de los flujos migratorios. Los

primeros hombres que migraron, como don Arón, fueron llevados por familiares de otras comunidades donde ya existía tradición migratoria. Luego regresaron e incitaron a otros familiares y cercanos para el cruce migratorio, recomendándoles coyotes seguros y, ya en Estados Unidos, ayudándoles a encontrar empleo, vivienda y hasta dónde divertirse. Esto posibilitó que las trayectorias migratorias comenzaran a ser similares entre los habitantes de la comunidad, estableciendo destinos y nichos laborales comunes.

En relación con esto último, en el relato de don Arón se puede visualizar de qué manera su trayectoria en la migración pasó de ser individual, a cruzarse —en la última etapa de su experiencia de migrante internacional— con la trayectoria migratoria de la mayoría de los migrantes de El Boxo: al condado de Greenville, en Carolina del Sur. Rivera y Quezada (2011: 88) sintetizaron la trayectoria migratoria de los habitantes de la comunidad señalando que, en una primera etapa, ésta se dirigió a Texas, luego a Florida (siguiendo el flujo de migrantes mezquitales empleados en el corte de naranja en dicho estado), para asentarse —desde finales de la década de los noventa del siglo pasado— en Carolina del Sur.¹⁶

La quinta característica del patrón migratorio reconocible en el relato de don Arón es su circularidad, reversibilidad migratoria marcada por el ir y venir constante entre México y Estados Unidos. Esta recurrencia se ligaba a las fluctuaciones de los mercados de trabajo en el país del norte, la posible deportación y, sobre todo, los intereses particulares de los migrantes para retornar puntualmente a su comunidad. Hasta antes de 2001, este tipo de migración fue la más común entre los habitantes de El Boxo. Los periodos de estancia fuera de México fluctuaban entre cinco meses y un año. La posibilidad de volver a cruzar hacía que los migrantes decidieran regresar con frecuencia para reemprender, después de unos meses, el camino hacia el norte.

Esta etapa de permanente movilidad propició el aumento en la salida, ya que la constante venida de migrantes ejercía un efecto demostración.¹⁷ Los migrantes

¹⁶ Aun cuando Carolina del Sur continuó siendo el principal receptor de migrantes de El Boxo; en años posteriores los destinos se diversificaron, apareciendo estados de la Unión Americana como Tennessee y Georgia.

¹⁷ En febrero de 2014, un ejidatario de la comunidad de Xothi, Municipio de Chilcuautla, evocando aquellos tiempos de éxito migratorio me comentó: “acá llegaban, por diciembre, caravanas de carros con patentes gringas... toditos traían carros y dólares... ya que llegaban, comenzaban a arreglar con la gente pa’ construir sus casas. Algunos ya estaban pedidos para apadrinar los niños otros arreglaban para hacer la fiesta de quince años de las hijas o sobrinas y así. Pos por eso que le digo que hasta las ganas le entraban a todos los jóvenes por irse al otro lado”.

llegaban con recursos, construían sus casas, traían carros y, la mayoría de las veces, sus familias experimentaban —gracias a la recepción de las remesas— la estabilidad económica de la cual carecían las familias sin migrantes. Los migrantes también traían historias, relatos y anécdotas que se difundían en la comunidad. Mediante estas historias, casi siempre positivas, la venida de migrantes a la comunidad reforzaba ideas sobre los beneficios de la migración, que influían de manera significativa en la configuración de las aspiraciones, los intereses y las motivaciones personales de quienes decidían migrar por primera vez. Esto es fundamental en lo que antes señalé respecto de cómo la migración capturó las formas de imaginar el futuro, entre los más jóvenes de la comunidad.

Finalmente, el relato de don Arón posibilita distinguir de manera tangencial el perfil de la migración mezquitales e Hidalguense en dos sentidos más. Primero, en lo referido a la condición rural de los migrantes. Los migrantes de la región y la entidad salían desde comunidades pequeñas, predominantemente agrícolas y golpeadas por las reformas estructurales que marcaron el fin de la etapa agrarista del Estado mexicano.¹⁸ El perfil rural de los migrantes de Hidalgo se liga obviamente al lugar principal que ocupan los municipios mezquitales en los índices de intensidad migratoria de la entidad. El Valle del Mezquital poseía a finales del siglo XX un perfil eminentemente rural (por el número de habitantes de sus localidades)¹⁹ y agrícola (por la vocación productiva de las economías municipales

¹⁸ Con datos del censo de población de 2000, Pizarro (2010) señaló que del 61% de migrantes Hidalguenses que contaban con trabajo en la semana anterior a migrar, 36% se encontraba ligada a actividades del sector primario y 17% estaban vinculados a la artesanía. Del 39% de migrantes que se encontraban desocupados al momento de migrar no se poseen datos. No obstante, si se cruza este antecedente con la mayoritaria presencia de migrantes del sector rural y de los vinculados al sector primario, es posible adelantar que parte importante de los migrantes que declararon no tener trabajo estaban ligados a la agricultura, sea como jornaleros, los más, o como propietarios de tierra ejidal o comunal, los menos. Este punto puede apoyarse en que hacia 1990 el sector primario, especialmente la actividad agrícola, ocupaba a la mayoría de la población económicamente activa de la entidad. Assael Ortíz (2006), con datos de este periodo, apuntó que en Hidalgo, por rama de actividad, el sector primario se situaba en primer lugar con 53.8%, al que habría que sumar un importante porcentaje de ocupados en la extracción y transformación primaria y/o artesanal de recursos naturales.

¹⁹ “El universo de localidades situadas dentro de la región del Valle del Mezquital se caracteriza por ser un conjunto de puntos de convivencia esencialmente rurales, pues de las 1085 existentes en sus parajes, 96.1% de ellas se localizan dentro del rango de 1-2499 habitantes. Por tanto, sólo 3.9% puede concebirse como experiencia urbana en esta región” (Arroyo, 2001: 44).

y de la inserción de la región en la economía de Hidalgo y en el mercado nacional de alimentos).²⁰

En segundo lugar, el relato de don Arón ayuda a identificar la dimensión étnica que adquiere la migración hidalguense en general y mezquitense en particular. María Félix Quezada (2008) caracterizó la dimensión étnica que la migración internacional asumió en el Valle del Mezquital. Concluyó que mientras los hogares no indígenas con migrantes internacionales en el Valle representaban 8.5%, para los hogares hñähñu el porcentaje llegaba a cerca de 25%. Ello se corresponde con el perfil demográfico cultural de los municipios de la región, donde la presencia del pueblo hñähñu es significativa; siendo mayoritaria en algunos municipios como Cardonal, donde alcanza un 61.63% de la población. Por ello, es relevante la evocación de don Arón a su llegada al condado de Greenville donde su trayectoria se cruzó con la de otros hidalguenses e indígenas hñähñu como él.²¹

PARA TENER LO DE UNA

Yo quería hacer mi casa. Porque esta pos no es mi casa. O sea, en primera el terreno es de mi suegro y el papá de mis hijos construyó esta casa... Pero dinero siempre puse. Bueno, como quien dice, con el dinero siempre apoyé. Mis hermanos del otro lado [migrantes en Estados Unidos] siempre me mandaban y yo siempre he trabajado y así ponía mi granito de arena y pos ahí está [la casa]. Pero yo quería tener lo mío. Las cosas no estaban bien con el papá de los niños. Él tomaba mucho. Y ya los dos así no estábamos bien y llegábamos al extremo de la violencia. Nunca quiso migrar él. Todos le decían que se fuera pero él así no le nacía querer ser más. Yo veía aquí gentes que tenían sus maridos al otro lado y les iba bien. Estaban solas, pero les iba bien. No se trata de querer estar sola, no es bueno para uno y los niños

²⁰ En 1990, 48.7% de la Población Económicamente Activa (PEA) del Mezquital se concentraba en el sector primario. En municipios como Actopan y Zimapán este porcentaje llegaba a 58.3%, mientras que en Ixmiquilpan el 45% de trabajadores ocupados desempeñaba tareas agrícolas y forestales (Robles *et al.*, 2012).

²¹ La importancia de la dimensión étnica hñähñu en la migración ha sido estudiada para indicar las formas de organización de los migrantes en los espacios de destino y el vínculo permanente de dichas organizaciones con las comunidades de origen (cf. Schmidt y Crummett, 2007). Entre estas organizaciones, la de mayor importancia —por el número de afiliados y por su trayectoria— es la de El Consejo Mexicano de la Bahía de Tampa, Florida. Esta organización es la que aglutina al mayor número de hidalguenses, cerca de 40 mil miembros, la mayoría de ellos originarios del Valle del Mezquital (Pizarro, 2010).

estar solos. Pero se trata de tener un mejor futuro. Tener en qué apoyar los niños, sus estudios, sus cosas. También para [tener] lo de una.

Pos yo pensaba y pienso ahora que ya no estoy con el papá de mis hijos ¿Estamos tranquilos aquí?, en terreno del suegro pero... ¿qué pasa cuando él, ni Dios quiera, ya no esté? Él [el papá de mis hijos] dice que nunca nos va a correr. Pero quien sabe, sus hermanos pensarán lo mismo. Ahí ya que pasa con lo que uno ha trabajado para tener algo.

Por eso mis hermanos me decían pos vente. Allá hay trabajo. Que allá están bien y así... Pueden apoyar sus gentes, comprar sus cosas acá en el pueblo. Ellos me decían: tú no te preocupes de los niños, no te preocupes de mi papá, nosotros apoyamos mientras tú juntas lo tuyo.

También me desesperaba porque acá no tenía trabajo. Luego es difícil... ahora está un poco mejor, pero antes estaba bien difícil para tener trabajo así pa' una.

‘Tonces yo veía que otras compañeras les iba bien cuando se iban. Luego llamaban y decían pos vente. Mis hermanos también me decían. Ellos me decían que para Atlanta o para Sur Carolina, donde están ellos y los primos. Yo no sabía pues, ¿y mis hijos?, ¿pos cómo le hacía? También porque luego ya era bien difícil para poder venir. Mis hermanos llevan allá más de quince años y nomás no se les da venir. No pueden pues. Así, ¿imagínese con mis hijos?

Y ya que me decidí de irme, dejé todo arreglado con mis papás y su tía de los niños. Ellos, ya ve, no estaban tan pequeños. La mayor tendría unos diez añitos.

Así me fui con un señor de acá San Andrés [Cardonal]. Él es buena onda y sí pasa la gente. Mis hermanos mandaron el dinero que cobraban. Nos fuimos desde Ixmiquilpan, éramos siete, cuatro señores y tres mujeres. Las otras dos pos eran mucho más jóvenes que yo. Han de haber tenido unos 17 o 20 años.

Salimos de Ixmi a Querétaro y de ahí el señor nos compró boleto de bus al norte. Fueron varios días hasta allá. Y ya que estamos allá, pos a cruzarnos.

El señor que nos llevaba daba dos opciones, así nos decía. La de a lo largo que aventaba la gente, ahí por desierto, eran cinco días y cinco noches caminando, cargando poco de comida y agua que es lo principal. Pero el señor nos miraba a mí y la otra muchacha que también iba sola y decía:

—Pos a ustedes no las voy a aventar todo a lo largo. ¿Imagínense? Así no las voy aventar. En primera, vienen bien mal, hazte cuenta esos pollos de granja que ni el sol les daba, todos pálidos sin medio comer y todo, no pos así no. Si quieren las aviento por lo corto, es más rápido.

Lo corto era casi un día de camino, con bastante barranca. Había que andar escondiéndose porque siempre podía pasar la migra, las camionetas y luego te alumbraban. Pero así pudimos llegar y luego que nos dejaron en un pueblo allá, de ahí fueron mis hermanos por mí y me fui hasta Sur Carolina. Era por agosto del 2006.

Allá trabajé en hartas cosas. En un hotel, de la limpieza. En limpieza de casas, oficinas. De lo que más duré era de una compañía de limpieza que nos llevaba a varias empre-

sas. Ahí era bueno porque los contratistas eran paisanos de acá de cerca de Santuario. ‘Tonces nos trataban bien.

Mandaba dinero para acá casi todos los meses. Para los niños y para mis papás. Pensaba que después podía juntar para la casa.

Después con la crisis [a finales de 2007] estos señores ya casi no tenían trabajo. Ahí anduve otro tiempo trabajando pero poco. Así hasta que me agarraron, cuando salí para juntarme con una señora de aquí que diz’ que tenía trabajos. Entonces me deportaron. Yo estaba así triste y contenta. Iba ser fin de año y yo quería pasarlo aquí con los niños. Pero triste porque no pude quedarme allá tantito más tiempo para juntar para la casa. Yo ahora pienso qué hubiera sido si no me hubieran deportado. Uy así de pensarlo todavía me da la tristeza y la gana de intentar ir de nuevo. Pero como quien dice el hubiera no existe.

Yo ya tengo mis años. No sabría decirle si me iría de nuevo. Por ahora estoy más tranquila. Gracias a Dios trabajo no ha faltado. El curso que hicimos en Las Grutas [Tolantongo]²² nos sirve que cada año nos llaman. Casi todo el año hay trabajo por allá. No así siempre, pero sí en temporadas, vacaciones, puentes y así. No ha faltado. Pero no es lo mismo acá que allá [en Estados Unidos]. Imagínate todo el tiempo que tendría que juntar para comprar un terreno y construir [la casa]. Es así de soñar nada más. Más, sin en cambio, si pudiera irme allá [a Estados Unidos] lo junto de volada. Porque ya los hijos ya están grandes y ellos pueden ayudar acá para vigilar la obra.

Este relato de la Sra. Inés,²³ originaria de El Boxo y residente en el pueblo de Santuario, permite identificar algunos de los elementos que configuran el cambio en el perfil y en el patrón de la migración internacional de los habitantes de la región, desde 2001. Asimismo, el relato nos posibilita adelantar algunas de las características que asume el retorno migratorio influenciado por la crisis de Estados Unidos de 2008 y la concomitante persecución a la indocumentalidad, aspectos que adelanté en el capítulo I y sobre el cual volveré en el último apartado de este capítulo.

²² En el Valle del Mezquital la extendida presencia de parques acuáticos y ecoturísticos de gran afluencia de público, como son, entre otros: Grutas de Tolantongo, Tlaco, El Tephé, el Tepathé, Dios Padre, El Tollán, Maguey Blanco, El Eco Alberto, El Banxu y El Eco Maye; se han convertido en generadores de empleo directo e indirecto. En especial los parques más grandes y de mayor afluencia de visitantes, suelen contratar personas externas a las comunidades o ejidos propietarios de éstos, para el desarrollo de labores de mantención y atención al público. Para el caso de comunidades de Cardonal, como El Boxo, Grutas de Tolantongo (comunidad de San Cristóbal) se ha transformado en demandante permanente de trabajadores. En este lugar se han dictado cursos de capacitación como los de manipulación de alimentos que acreditan a mujeres para laborar en el recinto. A esto último se refiere esta parte del testimonio.

²³ Inés fue el nombre que la colaboradora eligió cuando me autorizó a utilizar su relato bajo seudónimo.

La vinculación de las mujeres del Valle del Mezquital con los mercados de trabajo tiene una historia similar a la de los varones hasta acá descrita. Igualmente precario y discontinuo, el acceso de las mujeres de la comunidad a los mercados de trabajo, especialmente a los urbanos, ha estado cruzado por las características de dichos mercados. Empero, a ello hay que sumar las exigencias socioculturales que tienden a retrotraer a la mujer a la comunidad, promoviendo el arraigo a ésta o, por normas de residencia y mercado matrimonial hñähñu, su reinstalación en otra comunidad, la de su esposo.²⁴

A lo anterior hay que agregar que, aunque las investigaciones realizadas en el Valle del Mezquital entre la década de 1960 y 1980 prestaron poca atención a la migración femenina, en algunos estudios, tales como el de Finkler (1974) o el de Nadig ([1986] 2015), se plantea que la migración femenina a la Ciudad de México fue más temprana y masiva en comunidades con acceso al riego que en comunidades áridas. Mientras que en las primeras el riego propició el desarrollo de una economía agrícola pujante y un mayor arraigo a la tierra por parte de los hombres; en las segundas, la falta de riego y el deterioro de la economía campesina favoreció la migración laboral masculina a los centros urbanos desde mediados del siglo pasado. Los estudios referidos comentaron que, por la masificación de migración masculina a los centros urbanos, en las comunidades áridas se registró el aumento de tareas asignadas a las mujeres (en el trabajo de la milpa, las labores comunitarias y la jefatura de las familias), así como su labor en aquello que en los próximos capítulos denomino la gestión de la ausencia. Estos elementos, aunque no inhibieron del todo la migración laboral femenina desde las comunidades áridas; actuaron en su contención. En consecuencia, desde una perspectiva comparativa, el acceso desigual al riego en la región promovió el arraigo de los hombres en comunidades irrigadas y, en éstas, la salida migratoria de mujeres en una proporción mayor a

²⁴ Respecto de las normas de residencia abundaré más adelante. En relación con el mercado matrimonial y las reglas de parentesco tradicionales que lo regulaban, revisadas entre otros por Carrasco (1950), hacia comienzos de la década del setenta habían prácticamente desaparecido (cf. Tranfo (1990 [1974])), por la influencia de la Iglesia y la burocracia nacional. Una práctica que se mantuvo durante unos años más fue el “raptó” o “robo” de mujeres adolescentes para casarse. Rosalía Guerrero (1950) informó de esta práctica en que hombres de comunidades diferentes a la de la mujer *robada* llevaban a cabo, favoreciendo la residencia patrilocal. Esta práctica ya era penalizada en las comunidades otomíes al momento del estudio de Guerrero. Según la autora, al hombre acusado de raptó se le amonestaba fuertemente y se le imponía el pago de una multa que debía pagarse en dos instancias: una parte ante la Tesorería Municipal y, la otra, al padre “ofendido” por el raptó de su hija.

la registrada en comunidades áridas, donde la movilidad de los hombres limitó la movilidad de las mujeres.²⁵

En particular, en El Boxo, a partir de la década del sesenta del siglo pasado, se comenzó a experimentar un lento proceso de movilidad femenina a la Ciudad de México. Las mujeres que migraban eran adolescentes, jóvenes y solteras y se ocupaban como asistentes del hogar. Mantenían el vínculo con la comunidad mediante constantes viajes. Si para los hombres el arraigo estuvo marcado por el ciclo agrícola y la legislación agraria, para las mujeres fueron las normas socioculturales las que condicionaban su retorno a la comunidad y, con ello, su desvinculación (casi siempre) definitiva con los mercados de trabajo de la Ciudad de México.

Las jóvenes volvían a la comunidad para casarse y con ello hacerse cargo de todas las labores domésticas ligadas a su nuevo rol, incluidas la gestión de la ausencia de sus maridos (ver en capítulo VII). Las normas de residencia entre los hñähñu se corresponden con el modelo de reproducción social y familiar mesoamericano. Según éste, luego de la unión conyugal el nuevo matrimonio establecía una prolongada etapa de residencia patri o virilocal.²⁶

Tranfo (1990 [1974]: 122) reportó que entre los otomíes del Valle del Mezquital, “la organización familiar prevé la superioridad del hombre tanto en la línea ascendente como lateral, la descendencia patrilineal y el absoluto predominio de la residencia patrilocal (o neolocal pero en la milpa paterna). Es raro [...] que el hombre escoja [...] la residencia de la esposa”. Con respecto a esto, Víctor Franco (1992: 151-162), en su etnografía de la comunidad de Pozuelos en Cardonal, informó que uno de los factores ligado a la preponderancia de la descendencia por línea paterna se vinculaba a la regla de residencia virilocal. Así se consideraba una estancia temporal mientras el hombre lograba construir su propia unidad doméstica y, con ello, separarse del grupo original. Lo que sucedía con frecuencia era que el hijo construía su casa-habitación en el solar paterno y trabajaba fuera

²⁵ Godínez y Martín (1991) registraron, para el caso del pueblo de Santuario Mapethé y comunidades vecinas, el aumento de tareas referentes a las labores de la milpa, así como las del trabajo comunitario, ligadas a la ausencia de los hombres por la amplia movilidad de éstos a la Ciudad de México.

²⁶ El ciclo de desarrollo doméstico tradicional de la familia mesoamericana estuvo caracterizado por etapas marcadas y definibles con los “siguientes rasgos que forman un todo: a) la virilocalidad inicial temporal de los hijos varones mayores y la salida de las hijas para ir a vivir a la casa de sus suegros; b) el establecimiento, después de cierto tiempo, de las nuevas unidades de residencia de los hijos varones en los alrededores de la casa paterna, frecuentemente en el mismo patio, y c) la permanencia del ultimogénito en la casa paterna, la cual hereda en compensación por cuidar a sus padres en la vejez.” (Robichaux, 2002: 75).

de la comunidad, mientras que la mujer quedaba en casa de los padres del marido. Según Franco, en ocasiones, por ventajas económicas, la nueva pareja establecía temporalmente la residencia en la comunidad de la mujer o en la residencia de los padres de ésta. El mismo pragmatismo económico por sobre la norma cultural, lo reportó Maya Nadig (2015: 130) en su etnografía desarrollada a mediados de los años setenta en una comunidad mezquitalense. Según la autora, si la familia del hombre tenía suficiente espacio en su casa, entonces la mujer era llevada con ellos. El caso contrario, dice Nadig, “no es para nada inusual, ya que si la mujer dispone de suficiente espacio y más posibilidades de trabajo, es el hombre el que se mueve”. No obstante, ambas etnografías coinciden en que ni la neolocalidad ni la uxorilocalidad eran la norma dominante ni la práctica frecuente en la primera etapa de la vida conyugal.

Después de la experiencia de migración a la Ciudad de México, las trayectorias laborales de las mujeres de El Boxo eran casi totalmente bloqueadas por el matrimonio. De regreso en la comunidad la mujer podía dedicarse a la milpa y a las prácticas de pluriactividad tradicional (pastoreo, producción de artesanías, recolección de hierbas y frutos, etc.) u optar a los mínimos empleos, casi siempre temporales, que se ofrecían por programas del PIVM (que fomentaban el trabajo cooperativo) o por la asistencia de la Iglesia Católica.

En relación con el jornalero agrícola en la zona irrigada, gran parte de los trabajos eran asignados —por razones culturales— a los hombres; aunque podía reconocerse la segmentación de género del mercado de trabajo, particularmente en la pisca de algunos cultivos como el frijol, el desgranado de éste o de maíz, el corte de chile, así como en la fertilización y carburación de la piña (Carton, 1982).

Aunque hacia comienzos del siglo XXI las condiciones económicas y de los mercados de trabajo para la inserción laboral de la mujer no mostraban cambios fundamentales, un aspecto que comenzó a modificarse fue el crecimiento regional en los sectores económicos del comercio y los servicios que empezaron a demandar mano de obra femenina. Este proceso de terciarización de la economía regional del Valle estuvo vinculado a la recepción de remesas (Robles *et al.*, 2012).²⁷ En tanto

²⁷ Entre 1990 y 2000, los sectores primario y terciario de la economía regional se transformaron profundamente. En Ixmiquilpan, por ejemplo, el sector primario pasó de 48.7% a 31.9%, mientras que el sector terciario creció desde 30.6% a 40.5%. En Cardonal, por su parte, en dicho periodo ambos sectores crecieron por el desfonde de casi 9 puntos porcentuales del sector secundario. De este modo, para el periodo señalado, el sector primario mostró un crecimiento de 4.5% (de 35.2% a 39.7%), a la vez que el terciario lo hizo en 5.7% (de 22.1% a 27.8%) (cf. INEGI, 1991; 2001). En este

fuelle de liquidez permanente para un número importante de familias, las remesas promovieron un aumento del consumo básico, y más ampliamente, del comercio regional, patente en mayor medida en ciudades intermedias como Ixmiquilpan o Actopan. Del mismo modo, en comunidades y localidades más pequeñas del Valle, el aumento del comercio y los servicios se experimentó en la masificación de tiendas misceláneas, papelerías, tlapalerías, peluquerías, tortillerías, fondas y pequeños restaurantes, cafés internet, etc. En estos emprendimientos, por lo general se integra laboralmente a mujeres jóvenes. A ello habría que sumar que el flujo constante de efectivo y, el consecuente aumento en el poder adquisitivo de las familias con migrantes receptoras de remesas, facilitó la llegada a comunidades como El Boxo, de formas de consumo inéditas como las compras por catálogos, casi siempre gestionadas a nivel microsorial por las mujeres y sus redes de familiares y amigas.

Investigaciones contemporáneas en el ámbito de la migración y la movilidad han ayudado a desmitificar la imagen de la mujer como pasiva en el fenómeno migratorio o como naturalmente enraizada por su labor económica reproductiva, frente a la imagen del hombre activo y en movimiento, por su rol dominante en el ámbito económico productivo. No obstante, estas mismas investigaciones han destacado que, para el caso mexicano, la emergencia de una cultura de la migración ha demarcado claros roles de género. En dicha cultura de la migración la creación de las masculinidades y las feminidades está influenciada por distintos grados de movilidad e inmovilidad (cf. Mata, 2016: 130-135). Si como antes señalé, la migración de hombres jóvenes podía ser vista en el Valle del Mezquital como un rito de paso que tenía su resolución en el retorno exitoso y la integración a la comunidad como adulto y sujeto de derecho (vale la pena recordar en este punto nociones de ciudadanía entre los hñähñu); el rito de paso a la adultez de las jóvenes estaba marcado por la inmovilidad o la espera de la llegada de los hombres para casarse y formar familia (cf. Nadig, [1986] 2015).

La dinámica del fenómeno migratorio o la economía política de éste, desestabilizó la cultura de la migración antes descrita. En el Valle del Mezquital, como en otras zonas expulsoras de migrantes del centro-sur mexicano, la migración hacia los inicios de siglo XXI comenzó a modificar su patrón por el aumento de la participación de las mujeres en los flujos migratorios. Entre 1995 y 2000, la proporción de mujeres mezquitalenses migrantes en relación con los hombres era casi idéntica

municipio, el decrecimiento del sector secundario puede asociarse al deterioro en la manufactura artesanal de fibras y al cierre de talleres de herrería y textiles hasta acá discutidos para el caso de Santuario Mapethé.

que la proporción a nivel de la entidad; de cada 100 migrantes, 82 eran hombres y 18 mujeres (INEGI, 2000). La tendencia hacia el aumento de la participación femenina en la migración mostró que a nivel de Hidalgo, en el periodo 2005-2010, de cada 100 migrantes, 60 fueron hombres y 40 mujeres (INEGI, 2010). En 2016, del total de migrantes hidalguenses en Estados Unidos, 32.8% eran mujeres.²⁸

Aunque, como registró Rivera (2006), la primera mujer de El Boxo que migró a los Estados Unidos lo hizo en 1996, la masificación de la salida femenina para integrarse a los flujos migratorios comenzó a ser manifiesta ya iniciado el siglo XXI. Desde entonces, el patrón migratorio comenzó a modificarse. En ello influyó la rigidización del control migratorio, la criminalización de la migración indocumentada y el incremento en la deportación, todo ello ligado a los cambios en la política fronteriza vinculados con el acontecimiento del 11 de septiembre de 2001 en Estados Unidos. Si hasta finales del siglo pasado los migrantes podían ir y venir recurrentemente, los cambios políticos y jurídicos ligados a la migración en Estados Unidos bloquearon esa posibilidad. Aunque dichos cambios no hicieron disminuir las tasas de migración desde el Valle del Mezquital, promovieron el tránsito desde un patrón de migración circular y temporal a otro prolongado, indefinido y de retorno incierto.

La ruptura definitiva de la circularidad migratoria reconfiguró los arreglos que hasta antes habían orientado la salida y la inmovilidad en El Boxo. Tanto la gestión de la ausencia —punto en el que profundizaré en el siguiente capítulo—, como el derecho mismo a migrar se vio trastocado, porque mujeres jóvenes, casadas y solteras, comenzaron a integrarse a los flujos migratorios y la responsabilidad en la gestión de la ausencia pasó a manos de los familiares, generalmente de edad avanzada. De ahí que, como otras comunidades rurales e indígenas del centro de México, El Boxo experimentó en los albores del siglo XXI un proceso de relativo envejecimiento poblacional o, más exactamente, una ampliación de la brecha etaria entre las personas menores y mayores marcada por una ampliación de la laguna en el segmento de población joven y adulto joven, esta última integrada al proyecto migratorio.²⁹

²⁸ *Anuario Migración y Remesas* (BBVA / Conapo, 2018).

²⁹ En El Boxo a finales del siglo pasado más del 70% de los migrantes se ubicaban en el rango etario de 15 y 37 años, rango similar al de las mujeres con esposos migrantes que se quedaban en la comunidad (cf. Rivera, *ibid.*) y que en años posteriores comenzaron a integrarse al proyecto migratorio. A nivel regional, en el Mezquital, “desde 1990 hasta el año 2009 se observa que las edades de los emigrantes internacionales varones fluctúan entre los 12 y los 39 años, siendo la moda estadística los 23 años

La incorporación de la mujer de El Boxo en los flujos migratorios puede interpretarse desde la configuración de las aspiraciones esbozadas para el común de los migrantes de la comunidad. Sin embargo, la dimensión de género marca acá particularidades como las que se pueden leer en el testimonio de la Sra. Inés. En éste se esboza la intención por configurar un proyecto propio, como forma de construir un futuro con mayor autonomía respecto del control económico y sociocultural masculino en el ciclo vital de la mujer.

En El Boxo, como en otras comunidades del Valle del Mezquital, al masificarse la migración trasnacional, con las características del patrón migratorio descrito en el apartado anterior, la regla de residencia virilocal se agudizó. La migración de hombres jóvenes recién casados redundaba en que sus esposas quedaran “encargadas” en casa de los suegros. Éstos se hacían responsables de parte de la manutención de la familia nuclear del migrante, a través de la gestión de las remesas enviadas por éste y al mismo tiempo, efectuaban un control del comportamiento de las nueras —para evitar infidelidades y “habladurías”³⁰—, reforzado por el control comunitario sobre ellas. Así, con la masificación del fenómeno migratorio de los hombres, sobre las mujeres del Mezquital:

se ejerce un nuevo tipo de control social [...] si antes eran controladas por sus suegras y maridos, ahora la comunidad en general está pendiente de su comportamiento social tanto en la familia (el cuidado de los hijos, la casa, etcétera) como en la comunidad (qué tan frecuentemente salen, con quién conversan, etcétera). (Rivera, 2006: 262)

De tal modo que “tener lo de una”, resume la proyección de un futuro cercano, ligado a la construcción de la casa como modo de abreviar la etapa de residencia patri o virilocal de los matrimonios jóvenes o como forma de lograr mayor autonomía respecto del control económico masculino en la vida de la mujer y la familia. Como en otros espacios rurales de México, en el Mezquital:

Las mujeres solas —madres solteras, abandonadas, divorciadas— suelen buscar en la migración una vía para enfrentar las carencias económicas que las afectan de manera especial, y para salir del control económico y moral que se ejerce contra ellas en sus grupos domésticos [...] Las jóvenes [...] utilizan la migración y las remesas para reducir o eliminar de sus vidas la fase de residencia patrivilocal. Para lograr o acelerar la resi-

[... mientras que] las edades de las mujeres que emigran van de los 14 a los 32 años, teniendo como dato estadístico la moda que muestra los 22 años” (Luna, 2017: 58).

³⁰ Para la importancia del chisme y las habladurías ver capítulo II.

dencia neolocal las jóvenes han recurrido a tres estrategias, en ocasiones combinadas: casarse con un migrante que ha construido su casa antes del matrimonio; aprovechar la ausencia del marido para trabajar y de esa manera acelerar la construcción de la casa independiente, y ahorrar parte de las remesas que les envían sus cónyuges para destinarlas a ese propósito. (Arias, 2013: 111-112)

Todo esto ha impactado en las normas tradicionales de residencia en el Valle del Mezquital y tiene su correlato en el aumento exponencial de las viviendas construidas, habitadas o no, en las comunidades (ver capítulo VIII). La construcción de la casa propia y, en muchos casos, en un terreno diferente al de los suegros se tornó una aspiración para las mujeres. Esta aspiración material y de futuro inmediato, se concatenaba con aspiraciones de otra índole con proyección temporal mayor, como el alcanzar autonomía económica respecto del hombre o el de proyectar mejor porvenir en el futuro de los hijos. Para la concreción de estos proyectos de futuro, que tal vez en el Mezquital se acuñaron varias décadas antes,³¹ la migración transnacional se visualizó como una opción viable, más aún bajo la consideración del limitado mercado de trabajo regional para las mujeres.

Aunque la migración hidalguense en general, y mezquitalense en particular, continuó siendo predominantemente masculina, el cambio en el patrón ligado a la quiebra de la circularidad y la integración de mujeres a la migración, reconfiguró las dinámicas en torno a las maneras de gestionar la ausencia, así como de imaginar la reproducción comunitaria, más allá de las normas locales de matrimonio y residencia. En este punto, el impulso de las mujeres por abreviar la etapa de residencia patrilocal, así como el de imaginar mayores niveles de autonomía respecto del control masculino, continúa viendo en la migración una posibilidad. Ello transforma el proyecto migratorio en una opción siempre latente también para

³¹ Relevante en este punto es la etnografía de Maya Nadig ([1986] 2015) que informa que ya desde mediados de la década del setenta del siglo pasado era posible distinguir una soterrada lucha por la autonomía femenina respecto del control económico, físico y psicológico que sobre las mujeres hñähñu ejercían los hombres y las normas tradicionales. La autora señala que, en la comunidad de Daxhó, la ausencia de los hombres —como resultado de su migración temporal a la Ciudad de México y Estados Unidos—, “amplía las posibilidades de trabajo y toma de decisiones de las mujeres, teniendo éstas cada vez más acceso a las actividades masculinas y con ello recursos económicos” (*ibid.*: 124). Así a las mujeres de Daxhó, el trabajo les permitió “experimentarse a sí mismas fuertes y capaces, económica como psicológicamente, tanto como para evitar su dependencia [...] hacia los hombres o a sus familias políticas (suegras)” (*ibid.*: 392) aun cuando, la “posibilidad de conseguir una relativa autonomía económica está en contraposición de las normas y reglas socio-culturales que organizan y disponen la vida de las mujeres [hñähñu]” (*ibid.*: 126).

las mujeres, especialmente para aquellas que no poseen el capital cultural suficiente para proyectar otras vías de abrazar esas aspiraciones.³²

Anuncio: facilitadores de la migración sobre casa en construcción
en Cardonal, Hidalgo



Fuente: Fotografía del autor.

RETORNO Y REMESAS

La crisis de Estados Unidos, iniciada a finales de 2007, si bien comenzó como una crisis financiera, vinculada a las hipotecas de alto riesgo, evolucionó vertiginosa-

³² Desde el punto de vista de las relaciones de género, el creciente nivel educativo de las mujeres ha sido factor para el cambio sociocultural en las comunidades y para la configuración de aspiraciones, en muchos casos friccionadas con normas tradicionales (o asumidas como tal), respecto de las trayectorias de las mujeres. En este punto, la cada vez mayor presencia de jóvenes profesionistas en las comunidades y la posibilidad para éstas de desarrollar proyectos de vida materialmente más estables y, en cierta medida, más autónomas respecto de la figura masculina, es un factor que desanima el impulso migratorio como única opción de estabilidad económica y/o movilidad social para la mujer. La situación contraria es también recurrente. Ante la falta de estudios y el limitado mercado de trabajo para mujeres en la región, la migración se visualiza en momentos críticos como única alternativa.

mente para convertirse en una auténtica crisis económica, con marcadas contracciones en la producción, el comercio y las inversiones. Esta coyuntura resultó en un mayúsculo impacto a las empresas y los trabajadores, incrementando la vulnerabilidad del empleo y las tasas de desempleo. El 7 de noviembre de 2008, la Oficina de Estadísticas Laborales de la Unión Americana anunciaba que la economía del país había perdido alrededor de 1.2 millones de empleos de enero a octubre de ese año, a la vez que informaba que la tasa de desempleo había aumentado a 6.5%, mientras que el desempleo de la población hispana o latina había subido a 8.8 %, el más alto en más de 10 años (Alarcón *et al.*, 2009).

Uno de los primeros sectores económicos donde se resintió la crisis fue el sector de la construcción que era hasta aquel momento el segundo en importancia en el empleo de trabajadores mexicanos indocumentados. A este sector le siguieron la industria manufacturera y finalmente los servicios, consecutivamente los dos de mayor generación de empleos para migrantes luego de la construcción.³³ La baja del empleo hizo disminuir significativamente el ingreso medio de los trabajadores inmigrantes,³⁴ así como las posibilidades de conseguir empleos complementarios. Que los sectores más fuerte y tempranamente afectados por la crisis fuesen aquellos que albergaban mayor proporción de la mano de obra migrante mexicana, explica por qué, entre 2007 y 2008, el desempleo de la población inmigrante de origen latino se incrementó casi tres puntos sobre el aumento del desempleo general.

En la memoria de los migrantes retornados al Valle del Mezquital, la crisis se hizo notar desde 2008. A la pérdida de los empleos o a la drástica reducción de las horas de trabajo semanal, se sumó la intensificación en la persecución de los indocumentados, la que se trasladó también a los centros de trabajo.³⁵ Al respecto un migrante de retorno de Ixmiquilpan, me comentó:

³³ En 2006, según datos de la *Encuesta Continua de Población* (CPS, *Current Population Survey*) los sectores económicos en los que laboraban en aquel año los inmigrantes mexicanos, por orden de importancia, eran: servicios personales, construcción, manufactura y comercio. Por su parte, las principales ocupaciones de los inmigrantes mexicanos eran: trabajadores de la construcción; obreros de la manufactura; trabajadores de servicios en preparación de alimentos y ocupaciones relacionadas; y trabajadores de servicios en mantenimiento y limpieza, en ese orden de importancia (Alarcón *et al.*, 2009: 195).

³⁴ Con la crisis, el “ingreso promedio por hogar (latino migrante) se desfondó en 58% entre 2005 y 2010, más que el de los blancos e incluso que el de los negros” (Mestries, 2013: 176).

³⁵ Las deportaciones de migrantes detenidos en sus centros de trabajo aumentó con el estallido de la crisis. “En 2006, poco más de 16 mil mexicanos expulsados indicaron que fueron detenidos en sus trabajos u hogares y, en 2010, este indicador llegó a 35 mil 779, según información del gobierno

Si antes llegaban una vez cada mes y los patrones nos avisaban antes, ahora llegaban casi todas las semanas. Al principio nos hacían escondernos o salir rápido, pero ya después nos empezaron a decir que no fuéramos tal o tal día, [así] de apoco nos iban quitando horas de trabajo... había semanas que casi no trabajábamos... en un mes trabajé nomás tres días porque la migra no salía de la compañía.

Aunque los migrantes de El Boxo registran trayectorias laborales diversas en Estados Unidos, un número significativo de ellos se empleó en la fábrica de piedras para fachadas “Coronado”, en Simpsonville, Condado de Greenville, Carolina del Sur. Gracias a las redes que, desde las primeras experiencias migratorias y laborales en esa ciudad fueron forjando los trabajadores de El Boxo, lograban insertar a nuevos migrantes de la comunidad.

Al estallar la crisis, los progresivos recortes de personal en la compañía Coronado afectaban a los trabajadores migrantes antes que a los trabajadores no migrantes. La compañía se desprendía de trabajadores a la vez que buscaba intensificar la explotación y productividad de aquellos que se mantenían en labores. Jaime, joven retornado de la comunidad de El Boxo, me explicaba que a ellos su contratista les empleó por 40 horas. Independientemente de las horas trabajadas en la semana se les pagaba el monto convenido por las 40 horas. Antes de la crisis por lo general se trabajaban las 40 horas y en algunas ocasiones menos que eso. “Era muy raro antes trabajar más de las 40 horas”, me decía Jaime. No obstante, con los recortes de personal, desde 2007, se hizo cada vez más frecuente exceder las horas convenidas, a fin de no reducir los niveles de producción. El progresivo recorte al interior de la compañía llevó a que la mayoría de los trabajadores migrantes de El Boxo fuesen despedidos. Con la crisis, me dice Jaime, “hubo muchas compañías que quebraron o recortaron. Muchas compañías, como la Coronado, hicieron recorte de personal porque ya no tenían las ventas que anterior. Te iban haciendo recorte de poco a poco del personal, hasta que nos tocó que nos dijeron: ¿sabes qué? pos ya no hay trabajo”.

Durante el primer semestre de 2008 la situación laboral se hizo insostenible para muchos migrantes. Al descenso en las horas laboradas semanalmente se sumaba la imposibilidad de encontrar empleos en otros espacios. Antes de la crisis, una estrategia de los migrantes indocumentados para incrementar el ingreso, era el trabajo

mexicano, sistematizada con base en una encuesta sobre migración en la frontera norte. Relacionado con este mismo indicador, se revela que en 2008 se reportaron 14 mil 354 mexicanos deportados en esas condiciones, pero en 2009, primer año del gobierno de Obama, esa cifra llegó a 20 mil 229” (*La Jornada*, 09/08/2011).

en dos, tres o más actividades, para cubrir las 40 horas semanales y sumar a ellas empleos vespertinos y de fin de semana. Con el estallido de la crisis esta opción se vio bloqueada para muchos migrantes, no sólo por el cierre o la reducción de personal de las empresas o comercios, sino además por la política persecutoria hacia empleadores que contrataran inmigrantes indocumentados, para lo cual se reforzó el control policial y se establecieron medidas de verificación electrónica para conocer el estatus migratorio de los empleados y los solicitantes de empleo (Herrera *et al.*, 2009).

En estas condiciones, el retorno comenzó a hacerse masivo entre los migrantes indocumentados procedentes de El Boxo y, de manera más general, del Valle del Mezquital. Frente a las deterioradas condiciones laborales y al aumento de la persecución a la indocumentalidad, que acrecentaron cuantitativamente las deportaciones y cualitativamente la sensación de inseguridad como indocumentado, un número significativo de migrantes del Valle decidió o se vio compelido a volver.³⁶ Si bien los primeros en retornar fueron aquellos que no llevaban mucho tiempo en EEUU, la opción por el retorno empezó también a hacerse latente entre migrantes con más años allá.

La tendencia hacia el aumento del retorno se hizo notar en la región desde 2008, impactando especialmente en el descenso de las remesas que ya se habían contraído desde los inicios de la crisis. Ambas cuestiones, remesas a la baja y aumento de la población de migrantes de retorno en el Valle del Mezquital, fueron documentadas por la prensa hidalguense y nacional, y estas alertas encendieron la alarma respecto del futuro de la región. Entre 2007 y 2010, en Hidalgo se registró una caída en la recepción de remesas superior al 64%,³⁷ asimismo entre 2005 y 2010 se redujo el número de viviendas que reciben remesas de 5.06% a 4.33%, al mismo tiempo que disminuyó a la mitad el número de hogares con emigrantes, de 7.14 a 3.47.³⁸

³⁶ Si bien pude conocer directamente pocos casos de deportados al Mezquital, la referencia a las deportaciones en los relatos de los retornados es constante y muchas veces el temor a la deportación, más que la ejecución de ésta, fue lo que incidió en la vuelta al Valle. Según datos registrados en la prensa entre 2009 y 2013 fueron deportados desde Estados Unidos 43 mil 975 migrantes (*La Región*, Tula-Hidalgo, 06/01/2014). En nota de *La Jornada* (15/04/2012) Jorge Durand apunta que las deportaciones de hidalguenses figuran entre las más altas del país en el quinquenio 2005-2010. Finalmente, según los resultados de la *Encuesta por unidades domésticas sobre migración femenina en el Estado de Hidalgo* (2012), la incidencia de la deportación en el retorno de hidalguenses que migraron de forma asociativa (casados o en unión simple) fue del 8.5% en mujeres y del 10.7% en hombres.

³⁷ www.elindependientedehidalgo.com.mx/2010/12/15738 (Consultada el 06 de agosto de 2014).

³⁸ Datos presentados por Durand (2012) con base en "Cuestionario ampliado del censo de 2010 sobre migración y remesas" (Conapo).

En el quinquenio 2005-2010, la tasa de retorno migratorio aumentó en 85%, respecto del quinquenio anterior. Durante ese periodo, 2000-2005, retornaron 5,852 migrantes, mientras que entre 2005 y 2010, lo hicieron 39,720. Aun cuando la tasa máxima de retorno se registró entre 2008 y 2010, luego de este último año la migración de retorno no volvió a las tasas anteriores a la crisis, toda vez que entre 2010 y 2015 retornaron desde Estados Unidos 18,939 migrantes hidalguenses (Cruz, 2018). Sin embargo, Hidalgo ha seguido ocupando los primeros puestos en las tasas de retorno a nivel nacional. Para 2015, Hidalgo estaba entre los primeros ocho estados del país con mayor retorno migratorio. Este retorno afecta principalmente a los municipios del Valle del Mezquital. La región de Ixmiquilpan, que contempla los municipios mezquitalenses de Alfajayucan, Cardonal, Chilcuautla e Ixmiquilpan, registró desde 2008 un “muy alto” grado de migración de retorno, siendo la región que recibió el mayor número de retornados en el estado de Hidalgo (*ibid.*).

Aún cuando el retorno parece desacelerarse, la salida de mezquitalenses hacia Estados Unidos sigue manifestando una baja respecto de las tasas de migración anteriores a la crisis económica del país del norte. Entre 2005 y 2010 se registró la migración hacia Estados Unidos de 41,154 hidalguenses, mientras que entre 2009 y 2014, sólo fueron 22,580, acumulando un decrecimiento en la salida de 45% (Quezada, 2018). Por su parte, las remesas enviadas por migrantes hidalguenses, aunque no han superado la cifra máxima (alcanzada en 2007, 1,0922 mdd), han mostrado crecimiento luego de su tasa más baja (de 2013, 632 mdd); sumando, para 2017, 785 mdd.³⁹

Las remesas siguen configurando parte importante del paisaje económico del Valle del Mezquital. Hacia 2016, Ixmiquilpan continuaba siendo el municipio que captó la mayor proporción de las remesas del estado de Hidalgo (12.7%), entidad en la que para ese año, 3.4% de hogares eran receptores de remesas. Mientras que a nivel nacional, en ese año las remesas representaron 20.4% de los ingresos corrientes de los hogares que las recibieron, en Hidalgo representaron 32%.⁴⁰ Esta diferencia de más de diez puntos porcentuales se vincula a las condiciones económicas del Valle del Mezquital, donde es posible imaginar que el lugar que ocupan las remesas en los ingresos corrientes de los hogares es aún mayor.

El destino de esos ingresos en el consumo básico, así como su utilización en la construcción de viviendas y, en menor medida en la inversión productiva (es-

³⁹ Cifras totales presentadas en *Anuarios Estadísticos de Migración y Remesas* (BBVA/CONAPO) para los años referidos.

⁴⁰ *Anuario Estadístico de Migración y remesas* (BBVA / CONAPO, 2018).

pecialmente en el campo), deriva en una dinámica económica en que las remesas tienen un lugar central, más visible en pequeños municipios y localidades donde las economías son menos diversificadas. A todo ello, hay que sumar que el porcentaje de los hogares receptores de remesas en los municipios del Valle del Mezquital siempre supera ampliamente el porcentaje promedio de hogares con remesas del estado de Hidalgo. Así por ejemplo, según la medición censal de 2010, año en que ya era evidente la crisis en las remesas y el retorno migratorio, mientras que los hogares receptores de remesas en el estado representaban el 4.33%, en municipios mezquitalenses como Tasquillo, Nicolás Flores, Cardonal (donde se sitúa El Boxo) e Ixmiquilpan, éstos llegaban al 28.21%, 21.85%, 17.47% y 10.68%, respectivamente. A comienzos de 2018, según el director de la Dirección General de Atención al Migrante del estado de Hidalgo, los municipios mezquitalenses recibían un promedio diario de entre 4 y 5 millones de pesos mexicanos por conceptos de remesas.⁴¹

⁴¹ Ver nota en <https://www.criteriohidalgo.com/noticias/hidalgo-ujul/hasta-5-millones-al-dia-por-remesas-llegan-a-municipios> [Consultada el 25/03/2018]